

# EL ETERNO COMPROMISO CON LO EFIMERO, PARADOJA DEL ACTOR

Por: Jesús Antonio Mina

*Actor en grupos de Cali, como el TEC y Esquina Latina. Licenciado en Literatura de la Universidad del Valle. Especialista en Educación de adultos y comunidad de la CREFAL (Institución Universitaria de la OEA) México. Docente en la Universidad Luis Amigó (Palmira) y de la facultad de Teatro de Bellas Artes.*

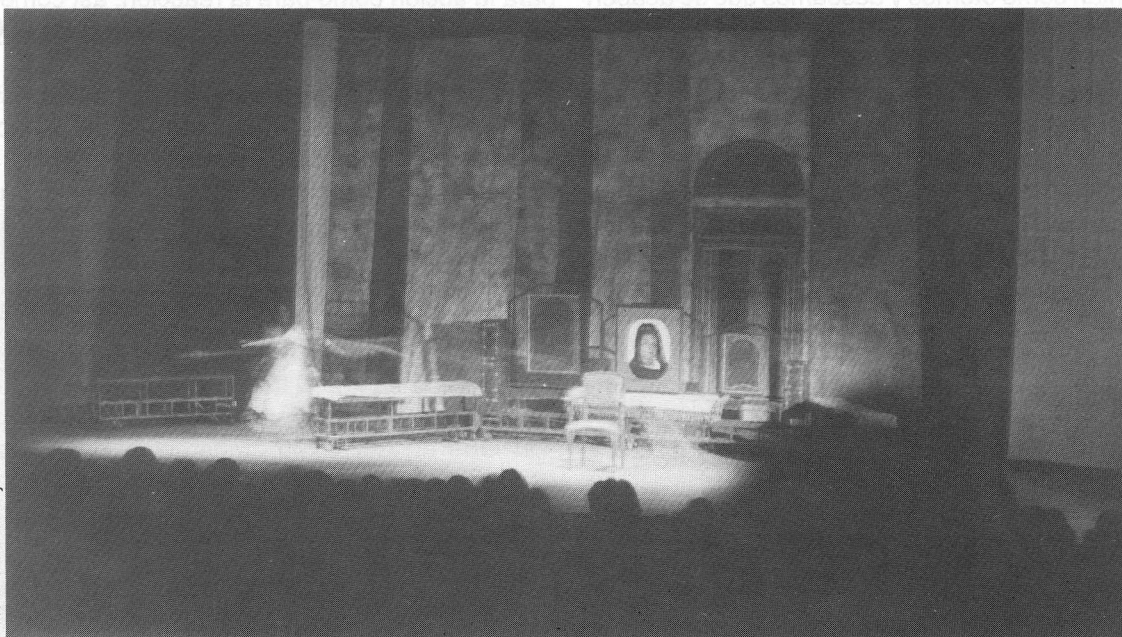


Foto: Perucho Mejía

*Puesta en escena: "La casa de Bernarda Alba" - Bachillerato artístico en teatro*

Ser actor de teatro es algo sencillo y profundo. Un actor es un artista y a la vez una persona común y corriente. Es una paradoja que se mueve entre lo eterno, lo efímero y que penetra los diversos espacios teatrales en donde está comprometido. Pero ser artista no se antepone a ser persona, a ser social.

Como artista, un actor siente el compromiso con el arte y con su cultura. Como persona, consigo mismo y la

sociedad. Está en juego su pensamiento, su visión de vida y las preguntas que puede hacerse de lo demás. Lo anterior no lo divide en dos seres distintos sino que lo transforma en una decisión, un deseo y una actitud.

Decisión que acontece gracias a la necesidad de manifestar nuestro coexistir, de expresarnos, a pesar del tiempo y la distancia cuando encontramos el eco en un aplauso, en la posibilidad del atavío. Provocación que

germina por el hecho de no estar solos. Actitud que instiga al ser interior a la humildad y a la disciplina par calmar la inextinguible sed que nos abrasa.

Lo eterno es aquello que perdura, más allá de nuestra vida para convertirse en historia. Una persona, en cualquier oficio, ingeniero, médico, artesano, deportista, vigilante o artista; puede alcanzar esta categoría. Lo efímero no está relacionado con nuestra existencia como personas que "desaparecemos" sino con aquello que olvidamos, y que no deja huella perdurable. Sin embargo, hay instantes que dejan huellas y se vuelven eternos. Sucesos que se nos presentan como eternos y deseamos que se acaben por lo triviales que nos parecen.

En este ordenamiento que hacemos de lo acaecido, ya sea como individuos o como cultura, entra nuestra fortuna como actores. Como oficio o disciplina, el ser actor ha perdurado en ocasiones, a pesar de los "actores". Hay muchos que solo han logrado aplausos en su época. Sus nombres no se asomaron a la historia y fueron un hálito de vida que se esfumó. En su afán de reconocimiento creen encontrar en el ajenismo social la respuesta a su trascendencia. Se cree que ser artista conlleva automáticamente al paraíso de la historia. Se abandonan a la bohemia, a la locura, a la vida displicente, hacen de lo cotidiano o lo común un hecho sin importancia y pretenden ser voceros del mundo que no viven. Reclaman la posteridad ante un círculo de amigos. Se encierran, se flagelan espiritualmente y quieren pasar desapercibidos, llamando la atención de sus coetáneos. Pero de ahí a que sean contestarios hay una gran diferencia.

Mudos ante el lenguaje que instaura la historia, algunos actores suponen haber encontrado la fórmula de la eternidad. Pero la historia, convertida en poesía, le es infiel a este "artista". Es otra gran pincelada de este contrasentido. La historia no tiene privilegiados, sin embargo no podemos ser ajenos al deber que tenemos con ella y, quizá por esto algún día nos retribuya.

Estamos acostumbrados, en la cotidianidad, a relacionarnos con el otro a partir de nuestro parecer.

Vendemos una imagen, hacemos creer al otro lo que no somos en realidad. Una sociedad en donde el individuo continuamente se tiene que "borrar", en tanto es un ser que tiene sentimientos, pero se va volviendo insensible por la violencia diaria.

Entonces debemos afincarnos en la idea de que el actor no se borra como ser cultural, como ser social, como singularidad que es atravesada por los demás. Él lleva a cuestras sus raíces y esto le permite tener algo que decirle a los demás, hacer lectura de la realidad; aprende a mirar a los demás y se lee. Por eso el otro es importante, tanto para la acción como para la reacción, así como para la formación y *experienciación* de mi ser individual y social.

El artista no requiere un comportamiento especial, sino que implica una actitud particular, la del deseo por su decisión. Ser apto para este oficio es atender al acto contestario de la sociedad en la cual se vive. Para decir algo hay que hacerlo de tal manera que sea comunicable, entendible y para que esto ocurra se debe haber escuchado. Otra cosa puede suceder cuando lo que decimos va más allá de nuestros interlocutores inmediatos, es decir, se hace incomprensible a los contemporáneos pero trasciende. Esta es la categoría de genio y de eternidad, es tan excepcional que no se convierte en regla. Sin embargo, el hecho de haber escogido el oficio de actor o artista no instaura la indiferencia.

Es precisamente en el diálogo consigo mismo y con los demás que se llega al asombro, allí se encuentra la materia prima del actor. Debemos recordar que la "artisticidad" no es una labor aislada, como tampoco lo es la "individualidad". La singularidad es posible de acuerdo a la pluralidad que la funda.

Si me preguntan cuál es la diferencia entre un artista, un médico, un periodista o un ingeniero, diría que es el oficio al cual han dedicado su vida. Ahora bien, si me preguntan cuál es la similitud entre un artista, un médico, un periodista o un ingeniero, contestaría que los une el deseo por el oficio que han escogido, la ética como profesionales,

su labor social y otra amalgama de elementos que cada uno, en su diferencia, hace que exista la posibilidad de ser cultura y ser social. En todos puede funcionar la filantropía o el altruismo.

Por mucho tiempo hemos hablado de la diferencia entre ciencia y arte, y en consecuencia de oficio y goce, de trabajo y diversión. Esto nos ha llevado a considerar que el arte no es una labor, entendida como aquello a lo que van a dedicar su vida, sus anhelos. Ignorando que son campos *diferentes* del conocimiento en el ser humano.

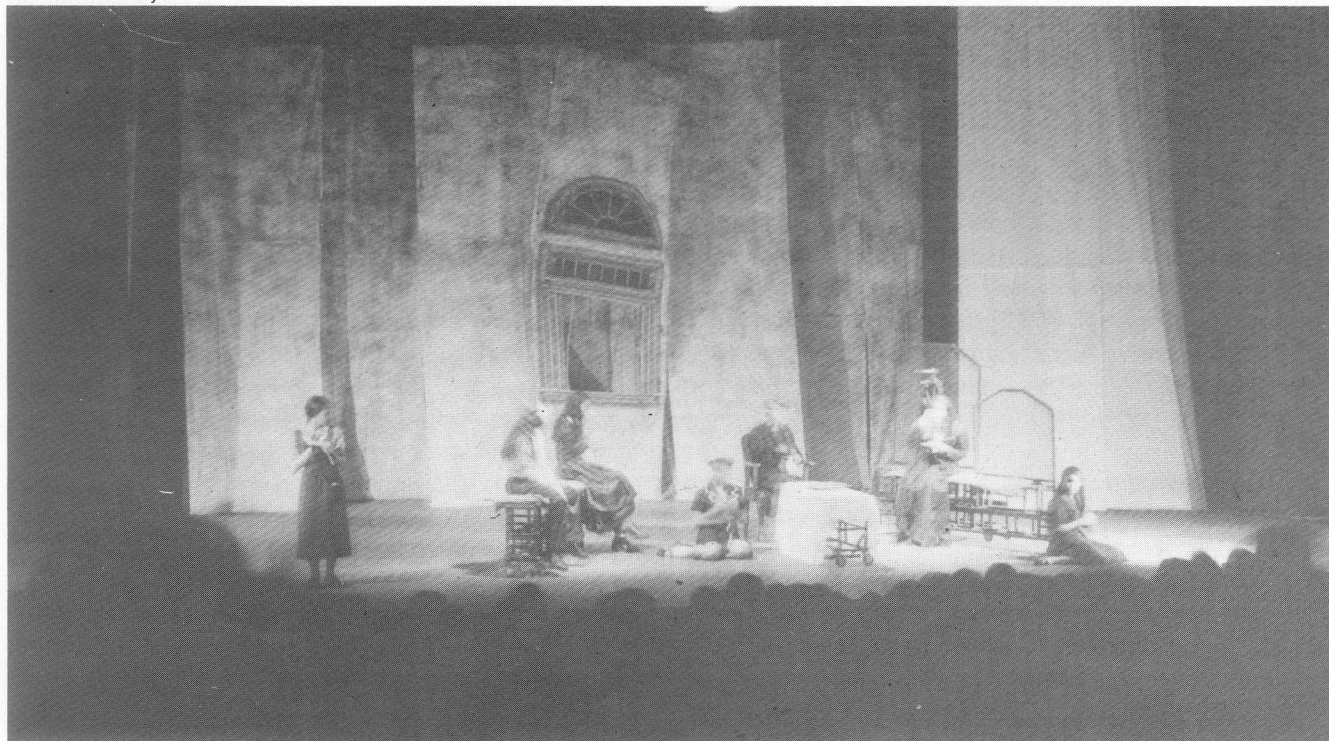
Esta aparente contradicción la recuerdan George W. y F. Hegel cuando plantean que:

“El artista no es solo inspiración... Todas las artes tienen un lado técnico que no se aprende más que por el trabajo y el hábito. El artista necesita,

para no verse detenido en sus creaciones, esa habilidad que le confiere maestría y le permite disponer fácilmente de los materiales del arte... Pero esto no es todo, cuanto más alto esté colocado el artista en la escala del arte, más debe haber penetrado en las profundidades del corazón humano, con la poesía. Es aquí, sobre todo, donde el genio, para producir algo maduro, substancial y perfecto debe haberse formado en la experiencia de la vida y por la reflexión”.<sup>1</sup>

Por eso, el arte de actuar en la escena, como la vida misma, es algo irrepetible y nuevo, sorpresivo, efímero y eterno a pesar de los ensayos y los acuerdos. El pasado funciona como una savia profunda que es absorbida por las raíces del presente, del ya y del ahora. Es como estar en un eje que domina el pasado y el futuro. Es la piedra

Foto: Perucho Mejía



Puesta en escena: "La casa de Bernarda Alba"

inamovible del tiempo y el espacio que conjuga al personaje y compromete al actor con sus experiencias, sentimientos e imaginación.

El actor no se forja solo trabajando el cuerpo, su voz y sentimientos como un gran músculo. El actor es una persona y como tal, es un ser social, histórico y cultural. Así mismos son sus personajes, aunque sean acontecimientos que se dan en una obra teatral. Actor y personaje son un instante y la posibilidad de lo perdurable. Por esto en cada segundo de vida se renuevan, mueren, nacen y vuelven a surgir.

Sin embargo, esta conjugación de partes da como resultado una relación conflictiva que puede perecer o fulgurar en y con el otro. Puede enriquecerse prestándose experiencias en una imbricación que da como resultado algo dinámico y comunicable.

Entonces podríamos entender la actuación como un gran laboratorio en donde el actor experimenta con su cuerpo y sus experiencias para hacer que surja un personaje. Podemos, con nuestra representación, hacer creer a la gente que somos por ese momento el personaje. De igual manera, podríamos hacernos conscientes a nosotros y al público de que todo lo que sucede en la escena, al igual que nuestro personaje, hace parte de una obra teatral, de una farsa o de un juego en el cual queremos que como público se divierta con esa realidad escénica, que conforma una realidad vivida. Pero de cualquier forma, no hay lugar para la "*mentira*", porque debe ser algo creíble dentro de lo increíble, pues de lo contrario no existiría eso que llamamos **Teatro**.

Debemos decir una verdad, no me refiero a la absoluta o doctrinal, sino a aquella verdad que nos invite a develar lo más profundo e insospechado del ser humano. Debemos regurgitar fuego y no quedarnos en el vacío, aunque, como lo pregona Huidobro, nos lancemos en paracaídas a él, pero es para escudriñar lo más recóndito, lo más sublime de nosotros y de los demás.

El teatro es juego, puesto que permite conjugar el tiempo en un solo instante y hacerlo síntesis en sí mismo. Nos relata un pasado, pero el espectador lo presencia ahí, y un futuro de la misma manera, pues no hay otra posibilidad. Es lo más vivo que existe. El actor y el público enfrentados en el mismo espacio-tiempo.

En este juego de relaciones, en este escuchar y hablar, donde la voz y la palabra se tornan fuego, el creador es creado por la creación misma. Es en este espacio donde se brinda la posibilidad de lo imaginado que se bebe a tragos largos de la cotidianidad. De esta manera cada uno de nosotros se transforma en serpiente que horada el tiempo hasta convertirlo en mil pedazos insaciables de verbo, inquebrantables ante el hambre de jugar y corretear por las venas abiertas de nuestras culturas.

Ser actor de teatro es algo tan complejo y sutil, pues no se es actor mientras se piense como un ser aislado, aunque su soledad lo enaltezca. Es una paradoja que se mueve entre lo eterno y lo efímero y penetra los diversos espacios teatrales en donde está comprometido. ¿Será que la historia está obligada a nombrarlo tan solo por ser artista?

---

#### NOTAS.

- (1) George W. y F. Hegel. Necesidades y Fin del Arte. Barcelona. Península. 1978. p.34.